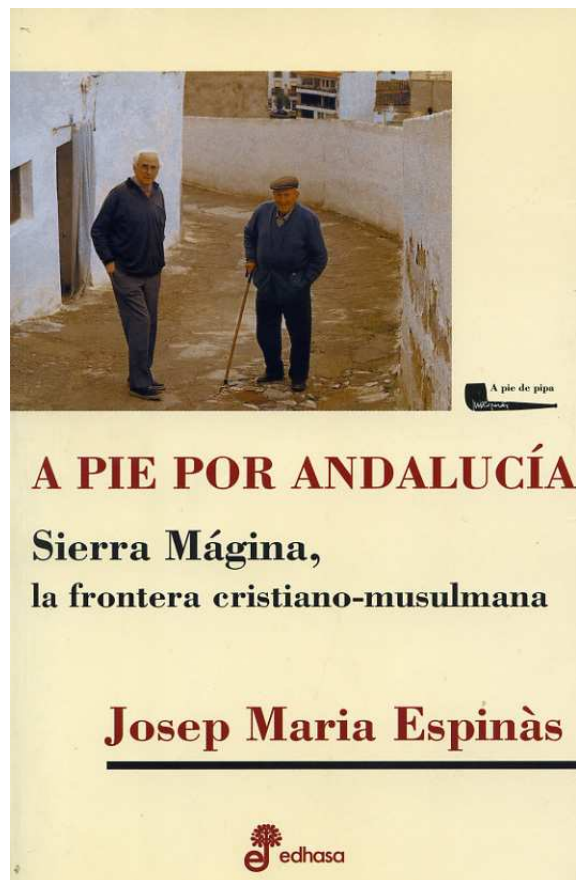


Josep María Espinás, viajero catalán a su paso por Huelma en el año de 2002.

Francisco Ruiz Sánchez
correo@elnatin.es

Josep María Espinás Masip nace en Barcelona en 1927, ciudad donde aún hoy trabaja como hombre de letras, abarcando muchas facetas en su larga vida: compositor, cantautor, escritor, periodista... Su prestigio es grande en su tierra.

Uno de sus quehaceres más queridos es el viajar, pero de una manera muy singular, a pie. Luego, como apasionado escritor, traspasa estas experiencias al papel. Son numerosos los libros de viaje que lleva escritos. Éste, el que hace referencia a nuestra tierra con el título “*A pie por Andalucía. Sierra Mágina, la frontera cristiana-musulmana*”¹, es el decimoquinto.



Portada del libro

Para entender esta vertiente viajera del Sr. Espinás, además del porqué de su llegada a nuestra comarca, creo que lo mejor es leer algunos párrafos del prólogo de esta obra:

“Creí que debía ir a tierras de Jaén. Pero no a lugares de reconocido atractivo monumental... ni muy promocionadas.... Busqué, pues, en un mapa convencional de carreteras, un rincón que no fuese famoso todavía y encontré dos palabras que me sedujeron: Sierra Mágina. Y en sus alrededores, unos cuantos pueblos cuyos nombres no conocía...”

¹ ESPINÁS, Josep Maria: “A pie por Andalucía. Sierra Mágina, la frontera cristiano-musulmana”. Editorial Edhasa. Barcelona 2004.

Al decirme (por Miguel Delibes, biólogo en Doñana al que conoce como hijo del escritor, y al que le pide consejo) que era un Parque Natural, le recordé que yo no soy excursionista ni explorador de naturaleza, que me interesa, sobre todo, el carácter de los pueblos y la vida cotidiana de la gente. Lo comprendía, y me aseguró que también desde esta perspectiva la elección era excelente....

He ido a Andalucía a escuchar. A algunos escritores les resulta difícil dejar de escucharse a sí mismos, y a veces nos llega la voz de los demás. A mí me apasiona estas voces tan diferentes, tan reveladoras...

No he escuchado, ni auscultado, con la intención de emitir diagnóstico alguno. Lo único que me he propuesto es recoger una materia viva, confiando en que se mantenga en estas páginas en buenas condiciones”.

Recorreré junto a un amigo nuestros pueblos en el mes de mayo del año de 2002. Comenzaron en Cambil, terminando la caminata en Pegalajar. Aquí recogemos su paso por Huelma. He añadido algunas fotografías esperando que acompañen en la lectura de tan ameno texto.

Huelma:

Viernes, 10 de mayo.

San Job.

Ha sido siempre el prototipo del hombre paciente.

Un camino pone a prueba.

Clima: “no”

Despierto, y me parece que aún es muy temprano, no veo indicios de claridad a través de la ventana. Pero al cabo de un momento Sebastián llama a mi puerta. Abro las cortinas. El día amenaza oscuro porque llueve.

Habida cuenta de que la temperatura de anoche, será cuestión de abrigarse, desplegar el plástico de chubasquero, tan bien comprimido en su pequeña bolsa, y ponérselo sobre las camisetas.

Bajamos por la escalera, y en el gran comedor de los banquetes las sillas siguen apiladas sobre las mesas. El silencio es absoluto. Nos dirigimos al Monzón, a tomar un café con leche en el que mojar alguna pasta. Juanjo nos dijo que ya abrían abierto, y así es.

De ser yo el Señor del Mármol, también querría quedarme en Cambil, hoy. Pero ni a Sebastián ni a mí se nos ocurre tal cosa. Lo único ya decidido, antes de venir a Andalucía, es adónde queremos llegar cada día, y todo lo que pueda suceder en el camino forma parte de la seducción del viaje, la imprevisible, la profunda complicidad con los hechos, aceptada de antemano, la sensación de que no será el andar que haga el camino, como decía el poeta, sino que el propio camino tiene, cada día, la libertad de ser como es, y que aquello que nos depare siempre será vida.

A nuestro lado, en la barra, hay tres hombres. Uno de ellos toma una copita de anís, un licor más transparente que el aire de fuera, y más cálido; será una forma de sentirse el cuerpo como materia propia, reactivada, en esta hora de quietud, en este día que nace como si todo hubiera diluido en gris.

Pregunto si creen que la lluvia va a durar mucho. Uno de los madrugadores parroquianos dice que no, que va a seguir lloviendo. El bebedor de anís dice que eso nunca se sabe, parece que el anís favorece un cierto escepticismo, pero añade que “el meteorológico dijo ayer que la borrasca durará hasta el domingo”.

Ya hace años que, en un pueblo tras otro, recibo la misma respuesta cuando pregunto por el tiempo que hará: “Han dicho que...”. Y si insisto, “usted que cree”, es habitual que el hombre rural se encoja de hombros. Sospecho que los campesinos han dejado ya de otear el cielo y de buscar de dónde viene el viento. En otros tiempos había oído explicaciones personales de lo más concreto: “Si no se ven nubes sobre aquella montaña, pierda cuidado, que no lloverá”. Ahora la respuesta es: “En la tele han dicho que...”. La televisión no puede dar cuenta de los signos atmosféricos de cada valle, pero parece que la gente del campo ha dejado de hacer sus predicciones basándose en su propia y dilatada experiencia. Quizá no se atrevan a arriesgarse, ahora, ante los pronósticos de los profesionales. Es posible que hayan adoptado como propio el irónico escepticismo gallego: “a mellor seña pra chober, é ve-la caer”.

Hace algunos años, el alcalde y el secretario de un pueblecito andaluz tenían que rellenar un cuestionario que había llegado de la capital en el que había diversas casillas: Número de vecinos, enfermedades, recursos agrícolas.... Quedaron encallados en una casilla que decía “Clima”. Al final decidieron poner: “Clima. No tenemos. Pero si es necesario lo encargaremos a la capital”.

Hoy es viernes, y en la capital dicen que la borrasca seguirá hasta el domingo. Me resisto a creerlo, porque en la capital no saben dónde está Huelma, ni Bélmez, ni nada de lo que ocurre, aquí.

De camino por la lluvia.

Pasamos junto a la casa cuartel de la Guardia Civil. Nadie se asoma para ver quiénes son estos individuos que andan con mochila bajo la lluvia. Cambil va quedando atrás, las nubes, que parecen descender, han cubierto las casas y los roquedales de los castillos.

El cortijo Perrero debe de quedar a la derecha del camino, pero no se ve ninguna casa ni se oye ladrar a ningún perro. Y ningún pájaro nos saluda en el arroyo Pajarero. Caminamos envueltos en un silencio que se me antoja tendido por las nubes. De vez en cuando diviso algún huerto, en el fondo del estrecho valle, pero el horizonte, incluso el más cercano, se vuelve enseguida blancuzco e impenetrable. Sé que a la izquierda queda la altiva Mágina, pero no conseguiré verla, ahora que estreno el viaje por su falda transitable. El andaluz García Lorca escribió estos versos, acerca del camino:

No conseguirá nunca
tu lanza
herir el horizonte.
La montaña
es un escudo
que la guarda.

El escudo de la montaña es, aquí, la masa de nubes. Nubes que me envuelven por delante, por encima y por un lado, donde en ocasiones, suavizadas y fragmentadas como una neblina, me permiten atisbar fugazmente ondulaciones de olivos.

Paso muy cerca de Mata Bejid. Fue en su día un pequeño núcleo habitado, al amparo de un castillo que, aunque modesto, tenía la importancia de dominar un desfiladero cuyo paso era obligado. Me hubiera gustado desviarme hacia allí, pero la etapa de hoy es muy larga y el tiempo no invita a deambular por caminos posiblemente enfangados.

Quisiera tomar alguna nota, pero no me atrevo a sacar la pequeña libreta; tengo la experiencia de la Litera, de algunas páginas que un chubasco dejó prácticamente borradas. Aunque lo de hoy no es un violento aguacero, sino una llovizna soportable, pero es constante, tozuda.

Dijo el poeta que no puede haber mayor desgracia que ser ciego en Granada. Yo no soy ciego, por fortuna, pero no veo nada. Ni oigo nada, porque esta lluvia es muy silenciosa, no hay en las cercanías árboles altos y frondosos que recojan en sus hojas el resuello cadencioso de la lluvia. Y las únicas manchas de color que ver, circundado por un gris impenetrable, son las que aparecen en el borde izquierdo de la carretera, en el talud abierto en la falda de la montaña, por donde avanzamos. A menudo es una pared rocosa, una especie de mosaico mineral de lanchas irregulares: moradas, de un rojo arcilloso, de un verde pálido, con relieves de tierra oxidada. A cada paso, se suceden composiciones pictóricas con signos que se dirían mágicos.

Llevamos ya más de dos horas de camino, y no encontramos ninguna cabaña donde refugiarnos. Deberíamos descansar cinco minutos a cubierto, no hemos parado desde que salimos de Cambil, y nos comeríamos las pastas que llevamos. Pero seguimos adelante a ciegas, de un tirón. Tan sólo me he detenido unos segundos, para observar de cerca la roca multicolor del margen, y cuando miro de nuevo hacia delante veo que la silueta de Sebastiá se está difuminando en la bruma en nos movemos. Apenas se ha alejado treinta metros, y ya es sólo una sombra gris sin perfil, a punto de fundirse en la blancura densa de la niebla.

Me espera; es posible que se haya vuelto para mirar atrás y también él esté a punto de perderme de vista. Pero se ha parado porque, mirando al margen, ha encontrado en la cuneta un manual de instrucciones de SEAT, totalmente empapado. Y me enseña otra cosa: las hileras de olivos visibles junto al camino están siendo regadas por un sistema de goteo, mientras la lluvia no cesa.

Algo voluminoso, quieto, empieza a tomar forma de pronto, a la derecha. Una máquina. Un artefacto grande y extraño. Nos acercamos a ella. Es una espectacular máquina de alquitranar; la han abandonado aquí, en espera de que cese la lluvia. En la plataforma superior hay dos asientos y sobre ellos, a modo de protección, un toldo de lona amarilla, sujeto con dos varas de hierro. Nos subimos a la máquina, que tendrá cerca de tres metros, superando los sucesivos desniveles, agarrándonos a las barras mojadas de la estructura y cuidando de no tocar ninguna palanca ni mecanismo que pudiera ponerla en marcha. Me siento como un liliputiense intentando ascender por un torreón diseñado para acróbatas, y Sebastiá, que ha comenzado a trepar por el amasijo de hierros, me tiende la mano, una y otra vez, para ayudarme a ir subiendo de barra en barra en lugar de poner los pies en un vacío tras otro. Así, conseguimos sentarnos bajo el precario toldo, que no ha evitado que se mojen los asientos, sacamos el frugal desayuno de la mochila y yo, por mi parte, el bloc de notas y el bolígrafo.

De la Fuensanta al Ángel.

Aún debe de faltar bastante para llegar a Huelma, porque antes está el santuario de la Fuensanta, y no es posible que lo hayamos dejado atrás sin haber visto siquiera el rótulo.

Desde Cambil hemos ido ascendiendo poco a poco, seguramente andamos ya por encima de los mil metros, y a la media hora la lluvia se va haciendo más tenue, se ensancha el escenario por donde nos movemos. Unos pocos metros por debajo del camino, a la derecha, una planicie con algún banco, y a continuación un edificio que queda algo hundido; apenas se ve algo más que el tejado. Es el santuario. Bajamos hacia allí, también hay un llano delante de la fachada. Se trata de un edificio espacioso y blanco, con un agradable aspecto rural, nada solemne. La puerta está cerrada. Seguramente se abre sólo el día de la romería, el primero de septiembre. La lluvia se ha convertido, ahora en un chirimiri casi imperceptible, con lo cual nos entretenemos un rato dando un paseo por los alrededores de la construcción.

La cofradía de Nuestra Señora de la Fuensanta y de Santa Lucía es una de las más antiguas de Sierra Mágina, fundada probablemente en Huelma durante el siglo XV, tras ser conquistado el macizo por los cristianos. En el peregrinaje participan también las cofradías filiales de Cambil, Solera y Torres. La planicie con mesas que hemos visto detrás del edificio nos

evoca el almuerzo y la fiesta que celebran aquí los peregrinos. Ahora, la soledad es absoluta, nos envuelve el silencio en esta altura de Mágina. Por aquí cerca hay un pozo, de cuya agua es tradición beber un poco, pues se le atribuyen milagros. Pero no damos con él. Por otra parte, no me atraen demasiado los milagros, sobre todo si no los pido.

Si esta mañana he invocado a san Job, y el abogado de la paciencia no me ha abandonado cuando he tenido que soportar la lluvia, ahora invoco a Santa Beatriz –según mi agenda, hoy es su fiesta-, pero, que me perdone la virgen de la Fuensanta, elijo enseguida a la Beatriz de Dante, que fue guía del poeta en el Paraíso de la *Divina Comedia*. Yo, que no poseo la excelsitud del Dante, me conformo con que me guíe por el pequeño paraíso de la paz del camino, de las horas que viviré todavía; el paraíso de flotar en el tiempo con la liviandad de una hoja que no tiene prisa.

Desde la Fuensanta veo Huelma, allí abajo. Teniendo en cuenta que la población está a novecientos metros de altitud, sí que es cierto que hemos ido ascendiendo mientras llovía. Vista desde lejos, Huelma parece, y lo es, mayor que Cambil. De aquí, de la Fuensanta, parte un camino que parece descender en dirección al pueblo, debe ser un atajo. Pero es posible que la lluvia lo haya dejado poco transitable. Continuaré por la carretera; lo lamento, Sebatía, pero ahora sé que serán seis kilómetros seguros y con curvas, con hermosas vistas, de bajada. Ha dejado de llover, en el valle, y la niebla se ha desvanecido.

Reaparece la visión de los olivares de montaña, llenando todas las vertientes del valle, con los árboles ordenados en filas rectilíneas que se proyectan a lo lejos, salvando barrancos y pendientes. Miles de olivos en impecable formación. Sólo los que nacen más arriba, al otro lado de la cañada, siguen envueltos en la niebla.

Una sorpresa, ya bastante cerca de Huelma: un lavadero antiguo. Un gran cobertizo, y en su interior veinticuatro fregaderos individuales, separados por un murete de donde sale el agua. Doce pilas tradicionales una junto a la otra, en un lado, y doce más al lado contrario. Y veinticuatro caños de los que brota el agua. Las paredes de la construcción están desnudas, tan sólo unos azulejos anuncia: LA FUENTE DE LA TEJA. HUELMA.



“Doce pilas tradicionales una junto a la otra, en un lado, y doce más al lado contrario. Y veinticuatro caños de los que brota el agua”

La bajada se suaviza y antes de media hora nos hallamos a las puertas de Huelma, donde la carretera traza una amplia curva que bordea por fuera el núcleo urbano. Veo una calle, con árboles, que sube adentrándose en el pueblo, y pregunto dónde está el hotel Ángel. Aquí mismo, en la carretera, cerca de una estación de servicio. Es natural; la modernidad se ha concentrado en las vías de comunicación, y veo algunas construcciones que corresponden, probablemente, a la industria del mueble, que ha permitido a Huelma resistir el fenómeno de la despoblación. Ésta es una zona de ensanche, y justo detrás del hotel nace la calle que, internándose en Huelma, conduce hasta el barrio más antiguo.

El Ángel es un café restaurante con unas habitaciones muy bien equipadas, y tras la larga caminata bajo la lluvia la sensación de bienestar es reconfortante.

Tomamos asiento en el comedor y nos cantan los platos del almuerzo. Se entiende con facilidad que tienen “sopa de picadillo”, pero también nos ofrecen “crocata”, o así es como nos suena, y mi expresión de confusión les debe de parecer sencillamente de estupidez. “Lo que se encuentra en los supermercados”; no es una explicación demasiado estimulante, desde el punto de vista gastronómico, pero al fin lo descubro: son croquetas. Los andaluces suelen pronunciar algunas “es” muy abiertas, aproximándolas a las “as”. Así, he oído decir “son las sai” en vez de “son las seis”.

Arriba y abajo

La tarde es gris, y el cielo es una capa lisa de nubes, pero hay luz en el aire y no llueve.

Salgo del hostel y pregunto al primer hombre que veo dónde está el barrio histórico. Sé que en Huelma hay un barrio que en 1971 fue declarado conjunto histórico-artístico. El hombre no acaba de entender la pregunta, quizá por lo de “histórico”. ¿Qué significa histórico? Mejor será preguntar por “la parte antigua” del pueblo. “La más antigua”, puntualizo.

Las dudas desaparecen. El hombre me señala hacia arriba, por la calle donde estamos.

- Usté se fija en el castillo, y pallá.

Pues eso, Sebastián y yo tomamos la calle paralela, desde la que quizá se vea el castillo. En cualquier caso la calle es cuesta arriba, y los castillos suelen a estar en lo más alto. La calle Marqués de Santillana es de las más empinadas que he visto en mi vida. Íñigo López de Mendoza, marqués de Santillana, poeta y militar castellano, conquistó Huelma –la *Walma* mora– allá en 1438. Yo voy conquistando paso a paso la cuesta, y miro la placa de un callejón que hace esquina: CALLE ESPINAR. Como el taxista que me recogió en el aeropuerto me llamaba así, me saludo a mí mismo ante esta placa.

Los desniveles del cerro en que se asienta Huelma han diferenciado los barrios. Uno es el más próximo al castillo, otro está centrado en la plaza de la iglesia y el tercero está construido alrededor de una plaza amplia y cuadrada, a la que algunos llaman plaza Nueva, pero que no lo es. La Huelma relativamente nueva es la más baja, y yo, sube que te sube, alcanzo un punto desde donde se puede ver, abajo, la parte horizontal del pueblo, con sus manzanas regulares y sus anchas calles.

La plaza de la iglesia es un mirador excelente, y el edificio es una gran pieza renacentista, un monumento de grandes dimensiones, con una torre imponente. El castillo se ve ahora más cercano, pero más alto aún, coronando la colina. Conserva la estructura cuadrada con torres de defensas semicirculares, perfectamente redondeadas, pegadas a cada uno de los cuatro ángulos. El color anaranjado de los muros de piedra forma una mancha cálida contra el gris claro del cielo, como el reflejo de un inexistente ocaso vespertino.



“La plaza de la iglesia es un mirador excelente, y el edificio es una gran pieza renacentista, un monumento de grandes dimensiones, con una torre imponente. El castillo se ve ahora más cercano, pero más alto aún, coronando la colina”.

Quiero dar un paseo por las calles de esta Huelma alta, plácida, de casas tradicionales, como si en el interior de este armónico conjunto pudiera encontrar, todavía, un rincón más puro. Sin duda acude a mi mente una imagen equivocada; la etiqueta de barrio “histórico-artístico” me

sugiere arcos, porches, arquitectura de piedra noble y visible... Y no es eso lo que uno debe esperar de estos pueblos andaluces de montaña. Poco a poco, me doy cuenta del valor que tiene este conjunto de calles de Huelma, con casas de tipología tradicional, sin añadido ni restauraciones de mal gusto, con puertas, ventanas y balcones que, calle adelante, se suceden con coherencia y naturalidad. Un milagro de conservación.

Con todo, mi admiración no va ser inmediata, como ocurre ante un palacio deslumbrante, o cuando se entra en una plaza gótica. Me enamoré lentamente, por inmersión continuada. Y sólo seré consciente de ello cuando haya explorado todo el barrio.

Sebastiá propone que quedemos más tarde aquí, frente a la iglesia. De acuerdo. Sospecho que intentará subir al castillo. Lo sé por otros viajes; siempre que hay un castillo Sebastiá quiere alcanzarlo, para contemplar el pueblo entero desde arriba. Yo quiero ver más, todavía, de su interior. Sigo pensando que tiene que haber algún rincón que no debo perderme.

Pasa un hombre, cantando. “Niña, yo te brindo mi cariño, y lo mismo que cuando era niño...” y no se qué de “mi corazón”, cuando ya se aleja.

Acude a mi mente aquella bonita canción francesa: *“Longtemps, longtemps, longtemps après que les poètes ont disparu, leurs chansons courent encore dans les rues...”*. En Andalucía hay canciones que corren por la calle, algún hombre o alguna mujer que va o vuelve del trabajo, o sencillamente camina y se distrae, mientras murmura para sus adentros una copla que escuché en la radio, o que aprendió en su casa de pequeño, canciones que hablan sin complejos de los tópicos del amor, de la infidelidad, de la nostalgia. Pero quienes las cantan van pensando en otra cosa, que hay que ir a la tienda a comprar un trozo de cordel o que parece que la rodilla ya no duele tanto.

Con estas reflexiones llego a la que llaman plaza Nueva, que no disimula sus años, y conserva las casas de planta baja y piso, balcón estrecho y, en la parte alta, una ventanita cuadrada propia de un desván. Un poco más arriba, unas casas viejas y una plaza que reza: BARRIO DEL SANTO. “El santo” es el nombre popular de san Sebastián –no sé si lo sabrá Sebastiá, que debe de seguir rondando por Huelma y a quien no he vuelto a ver- que aquí tenía una ermita, ahora convertida en un almacén. Pero la puerta se conserva, y la casa, con aspecto de casa normal y corriente, es reconocible por este portal de piedra antigua y cincelada del siglo XVII.

Hay mucho silencio en este pueblo que nació en tiempos de guerras, a media altura de un abrupto cerro. Sus barrios se estiran y se conectan entre ellos con subidas y bajadas, unidos por casas que comparten una misma discreción.

Doblo una esquina, desciendo por una calle en pendiente, corta. Hay un hombre, está de pie en la puerta de una casa. Evito acercarme enseguida, quiero que me vea despistado. Me llego hasta una placa de cerámica que hay al otro lado de la calle: 550 ANIVERSARIO DE LA TOMA DE HUELMA. 1438-1988. Acto seguido, vuelvo sobre mis pasos y finjo que acabo de descubrir al hombre, lo saludo. Mirando calle abajo, de forma imprecisa, comento que Huelma ha prosperado, me parece.

- Sí, ha crecido mucho.-Me ha visto leer la placa conmemorativa y me informa:- Eso era la cárcel.

- ¿ La casa de la placa?

- Sí. Ahora es el conservatorio de música. La otra la echaron pabajo.

Lástima. Pero no está mal que donde había la opresión de una cárcel respire ahora la música.

Repito que son muchos los cambios que ha visto, aun cuando él no se ha criado aquí sino “en la parte de Graná”.

- Y aunque el pueblo ha crecido, hay menos gente que antes. Lo que ocurre es que se han hecho casas nuevas, allá abajo, y alguna industria. Hay dos o tres carpinterías grandes, y talleres de mecánica, allá abajo.

Las novedades se producen allá abajo, en la carretera. Aquí arriba reina el aire tranquilo de siempre, alguien que pasa, de vez en cuando, camino de la iglesia, a charlar con un vecino de siempre, que no ha abandonado aún la antigua Huelma.

Le digo que, de todos modos, viven mejor que antes.

- Sí, antes sólo había el campo, y ya se sabe, y a lo mejor alguna empresa, pero en ella trabajaba sólo el dueño, y un hijo si lo tenían... Poca cosa, ya ve. Nada.

Le comento que me gusta ver todas estas casas antiguas, y dice que todas son "más antiguas", y que las "más antiguas de las más antiguas" están más allá de la calle Ancha a la que llaman La Carrera.

El barrio conservado

Paseo por Huelma y constato que aquello que podríamos definir como cancelas –aunque no son propiamente rejas de hierro, como dice el diccionario, sino puertas normales que dan a al calle, tras cuyo umbral se encuentra la que da paso a la casa- están casi todas abiertas. ¿Se trata de una invitación a los vecinos, para que no tengan que esperar en la calle si quieren entrar? ¿O tal vez un espacio intermedio sabiamente creado, una especie de cámara de descompresión, donde se despide al visitante siguiendo un ritual establecido, porque ha pasado ya la puerta que cierra el interior de la casa pero no se le ha abandonado, todavía, al mundo exterior?

De vez en cuando me encuentro con alguien y pregunto inútilmente lo que ya sé, que todo este barrio alto de Huelma es el declarado como histórico. Lo hago sólo por ver qué me contestan.

- ¿Puede decirme si las calles más antiguas están por ahí...?

La respuesta, esta vez, no puede ser más castiza:

- ¿Cualo?

Es decir, ¿qué, qué es lo que me pregunta?

Esta Huelma popular, bastante extensa pero absolutamente coherente, me esta resultado un espacio acogedor, familiar, muy alejado de "allá abajo". Lástima que refresque demasiado. Creo que ya es hora de ir a la iglesia, al punto de cita con Sebastián.

Por el camino veo a un hombre que me observa. Aprovecho la ocasión para acercarme a él y preguntarle si voy por buen camino para llegar a la iglesia. Sé que sí, pero las preguntas innecesarias suscitan, a menudo, respuestas interesantes. Porque tras la respuesta –"sí vaya por derecho y ya verá"- puede venir una pregunta de nuestro interlocutor, y nunca se sabe qué impensado diálogo puede consolidarse. Por no preguntarme directamente de dónde soy, el hombre me pregunta si no soy de aquí; un cortés indicio de su buena disposición al coloquio. Al decirle que soy de Barcelona, ve la puerta abierta:

- Yo también, bueno, vivo en Santa Coloma de Gramané. Pero ya estoy jubilado, me vengo aquí de vacaciones, digamos. Estuve treinta años trabajando en la Dan, en la cerveza, sí. Vivo en la misma carretera de La Roca, digamos, y me vengo los veranos.

- Pero todavía no ha llegado el verano, estamos en mayo.

- Bueno, ahora he venío por un asuntio de papeleo.

- Usted ha nacido aquí...

- Yo me he criado en esta calle, en una casa de mi abuelo. Pero vivo allí, y allí tengo familia, dos hermanos, y primos y tó... Nos fuimos casi toda la familia, aquí queda un hermano.

- Se fue de muy joven...

- No, me fui en el sesenta, ya era mayor y estuve trabajando dos o tres meses en el Metro, entre Sagrera y Navas, cuando hicieron las cocheras, y luego dos años en una fundición del Buen Pastor. Luego montaron un fábrica de cerveza, que más tarde la absorbió la Dan, y allí me metí en el sesenta y tres. –Hace una pausa-. Hasta hoy.

Mira a lo lejos, por la calle.

- Por ahí abajo hay unos barrios nuevos que uy... Hacen muebles, qué sé yo.

Se vuelve hacía mí para preguntarme:

- Y a usted. ¿Cómo lo han guiado hasta aquí?

No sé si se refiere a cómo es que me han dicho que viniera a Huelma o a por qué he subido a este barrio de arriba. Un forastero es alguien que se detiene en la carretera a echar gasolina o a tomar algo en un bar. Le digo que viajo a pie, y que quería conocer esta parte antigua de Huelma.

- ¿A pie? –Me mira y no se lo cree, pues insiste con otra palabra-: ¿Andando?

- Sí, andando o a pie, como usted quiera.

- ¿Y por dónde va?

He de explicarle el itinerario: Cambil, Huelma, Bélmez, Bedmar, Jimena...

- Yo eso lo conozco de antaño, cuando íbamos con las bestias, haciendo transporte. ¿Pero andando, va usted? Con el diluvio que ha caído hoy.

- Sí, no ha parado de llover hasta llegar aquí.

- El otro día vi a un hombre en bicicleta, iba muy equipao. ¿Ha pasao usted por el santuario?

- Sí, y por la fuente de la Teja, donde hay los lavaderos, y por la del Correillo.

- Y ahora coge usted pa Bélmez.

- Mañana. Bélmez de la Moraleda. Usted ha dicho Bélmez, pero otros me han hablado de Belmez, y no de Bélmez.

- No sé si cuando llegue lo verá, pero el pueblo antiguo está arriba, apartao, y le dicen Belmez- él dice “belmé”-, y en la historia de los moros había un castillo. Luego hicieron un pueblo más grande, más abajo. Unos dicen Belmez y otros Bélmez, que es la Moradela...

¿Es posible que, dos pueblos tan cercanos entre sí, uno se llame Bélmez y otro Belmez? La Moraleda está claro: plantación de moreras. En la época medieval, la cría del gusano de seda estaba muy extendida por los pequeños núcleos habitados de Sierra Mágina, el topónimo Bélmez de la Moraleda da testimonio de ello.

Tengo la sensación de que la tarde va refrescando por momentos y ya hace rato que estoy parado. Comunico al amable desconocido que un compañero de viaje me está esperando en la iglesia. Antes de que me vaya, me señala una casa:

- Aquella última casa de allí, ¿la ve usted?, en esa casa vivió el conquistador.

- ¿El conquistador?

- El marqués de Santillana. Aún conserva un escudo. No más.

- Usted sabe mucho.

- Regular.

Es posible. Puede que, para este hombre, el marqués de Santillana, nacido en 1398 con el nombre de Iñigo López de Mendoza, no sea más que un político y un guerrero, pero también un hombre culto, dedicado a la poesía. Ya en la narración de mi primer viaje a pie, por la zona de Pallars y del Valle de Arán, reproduje un fragmento de una de sus serranillas:

Moca tan hermosa
non vi en la frontera
como una vaquera
de la Finajosa...

Y es aquí, en Sierra Mágina, donde entiendo finalmente el verso: “...non vi en la frontera”. Habla de esta frontera, la que delimitaban los poderosos castillos de Bélmez y Huelma, cuya propiedad alternaron moros y cristianos, porque en 1438 el guerrero poeta conquistó definitivamente el baluarte de Huelma para los últimos. El marqués compaginaba la brutalidad

de las armas con la poesía bucólica. El castillo aún resiste; la “fermosa vaquera” ha desaparecido. ¿Existió alguna vez? La imaginación de los poetas no sabe de fronteras. Cuando el vecino de Huelma me habla del “conquistador”, me imagino al marqués aproximándose a la chica y viéndose rechazado: “nos es deseosa / de amar, nin lo espera / aquessa vaquera...”.

El descubrimiento de Sebastía

Llego a la explanada que hay frente a la iglesia; Sebastía no está. Deberíamos habernos citado a una hora concreta. No lo he visto en ningún momento, paseando por el pueblo, y si ha decidido subir al castillo ya debería estar de vuelta. Esta terraza alta donde está la iglesia es un excelente mirador sobre Huelma, sobre las calles que descienden, las casas blancas de discretos y bien articulados volúmenes, y al final de este casco urbano tradicional aparecen algunos edificios de más altura, cerca de la carretera, donde el terreno es más llano.

Paseo un poco, Sebastía no llega y el viento resulta molesto. Se oyen voces, dentro de la iglesia, y decido entrar. Por fuera es un edificio renacentista monumental, y una vez en el interior sus dimensiones parecen aún mayores. Es un contraste impresionante con la homogeneidad del tejido urbano, con sus casas de dos plantas, con sus fachadas blancas y lisas. La nave es aquí más amplia, las columnas robustas, los arcos trabajados, el retablo dorado, la gran lámpara de cristal suspendida de la alta cúpula.

Las voces proceden del presbiterio. Me acerco al lugar y me hago a un lado. Un grupo de niños y niñas forma un semicírculo, se han reunido allí para preparar la primera comunión. En los primeros bancos de la iglesia, algunas madres permanecen atentas a lo que ocurre. Y lo que ocurre es que un sacerdote, también en el presbiterio, va pidiendo a los chavales, uno tras otro, que abandonen el semicírculo para acercarse a un micrófono. Son dos docenas de futuros comulgantes. Cada niño y cada niña van dejando su sitio, por orden, y se adelanta para responder a una pregunta del cura:

- ¿Renuncias a la envidia?

La nena dice que sí, que renuncia y promete fraternidad y otra suerte de virtudes cristianas.

Regresa a su sitio y la sustituye otra.

- ¿Renuncias a la soberbia?

La niña se ha estudiado perfectamente el guión. Renuncia a la soberbia y promete ser humilde y todo aquello que es debido.

Las madres contemplan la escena, cada una pendiente de su propia hija.

- Sí, renuncio.

- Sí, renuncio.

- Sí, renuncio.

Uno de los niños no ha regresado a su sitio de inmediato porque el capellán, tras advertirle, le ha pedido que recitase de nuevo la fórmula: “Acércate más al micrófono”.

Vamos a ver ¿renuncias a...?

En efecto, se ha oído con más claridad:

- Sí, renuncio.

Salgo a la explanada. No sé muy bien qué hacer, pero en menos de un minuto veo a Sebastía, que llega. Me buscaba por el pueblo. Estaba ansioso por comunicarme un descubrimiento. Ha conocido a alguien, hace rato, y teme que ya no demos con él. ¿Dónde? “Ven”. Camina deprisa, subimos por una calle, torcemos a la derecha. Mientas, me explica que quería subir al castillo pero que aquí, en un campo de las afueras, ha preguntado por el camino a un hombre que trabajaba en un huerto, y lo que le explicaba este personaje le ha parecido tan interesante que quería que yo lo escuchase. “Que no hable ahora, que no me lo explique todo

ahora”, dice Sebastián, que pensaba: “Tengo que encontrar a Espinás como sea”. No sé qué excusa le habrá dado al hombre del huerto para ir en busca de un amigo, pero seguro que no le ha dicho que yo era escritor.

- Aún está ahí –me dice Sebastián en voz baja, ya en la entrada del huerto.

Se mete, yo detrás de él, y anuncia al desconocido:

- Éste es mi compañero.

El Clark Gable del huerto

El hombre ya tiene unos años, pero su aspecto es vital, se mueve con energía juvenil, luce bigotito gris, recortado, me recuerda a algún actor de cine, un Clark Gable bajito.



“... me recuerda a un actor de cine, un Clark Gable bajito”

Me saluda, con naturalidad:

- ¿Usted también quiere subir al castillo? Ya se lo he dicho a su amigo. El camino es éste.

¿El camino es este sendero que pasa por su huerto? Sí, y lo confirma con una frase magnífica:

- Cojan este carril y el mismo carril les va diciendo dónde han de ir.

Un camino que habla. Habrá que hacerle caso, es de confianza, incapaz de engañar.

Pero no nos movemos, de pie entre dos surcos de un huerto que hace pendiente, las casas del pueblo abajo, la montaña a la espalda.

Le digo que, o se conserva muy bien, o tiene menos años de los que...

- Estoy bien, por los años que tengo.

La coquetería encaja a la perfección con el bigotito. Espera a que le pregunte por la edad.

- Sí, por los años que tengo. Ochenta, y cuatro meses.

Impensable. Lo veo con el azadón en la mano, las piernas fuertes, un pie más arriba que el otro, la piel clara, ligeramente rosada, y un sombrero americano en la cabeza.

- Estoy bien, la gente del campo, mientras no nos dejemos, yo no he dejado, ya ve usted, los callos...

Le pregunto:

- ¿Y que planta usted ahí?

- Tomates, esta tarde llevo un pedazo hecho, buh...

Miro a mi alrededor, es un lugar curioso, una franja de terreno estrecha e irregular convertida en huerto, aquí donde el camino sube en dirección al castillo, no hay ninguna casa cerca. Algo más abajo, Huelma se ensancha, el barrio blanco, intacto, en pendiente hacia la carretera. Le comento a Clark Gable que este huerto debe de ser el punto más alto del pueblo.

- Sí, tenga cuidado, no vaya andando por ahí y caiga al campo de abajo.

Sebastiá dice:

- Lo que no veo son los tomates.

- Ah, bueno, lo verá si da la vuelta pacá.

Le pregunto si lleva haciendo esto toda la vida.

- ¿Yo? No, ¡bendita sea la Virgen! Eso es no hacer ná. He hecho de to, mire, un día que me dolía la rabadilla fui al médico y me dijo: “Pero, ¿tú qué has hecho?, ¿trabajos forzaos?”

- ¿Cómo?

- Sí, que te has esforzao más de la cuenta, y...

- ¿Siempre en Huelma?

- No, doce años en Barcelona, doce en Francia... -Se diría que quiere desviar la conversación, porque señala un punto y se dirige a Sebastiá: Ahí los tiene, mire esas matas de tomate que he puesto ahí –algo más abajo, en un sitio difícil.

Insisto:

- ¿Qué hacia en Barcelona?

- Primeramente fui a, cómo le llaman a eso, el Tercio Móvil, sí, en el Metro, y luego en un jardín, *jardí*, que le llaman ellos, en francés, y aun primeramente estuve aquí de encargao en una finca, encargao pa trabajar, no pa mirar, con peones, después en el Ayuntamiento a los veintitrés años, luego electricista, fontanero, jardinero, temporal en obras públicas y luego... tenga cuidao, no se vaya a ir por aquí.

No, intentaré no moverme del pedacito de terreno relativamente llano.

- Y diez hijos.

Advierte que me he quedado mirándolo fijamente.

- Diez, diez, diez –dice.

- ¿Y de donde sacó tanto dinero para criar diez hijos?

- Mirusté, con muchas fatigas, y luego está mi señora exagerá, de esas que hacen mucho y hablan poco, y yo dándole voces, ya ve, pero hemos criaio diez hijos, y los diez están colocaítos regular.

El hombre me mira y me sorprende con la pregunta:

- ¿Usted es de Jaén o no?

- De Barcelona.

- Ah, de Barcelona. Yo tengo familia en la Verneda. Cuando fui la primera vez, el segundo o tercer año acabada la guerra, aquello estaba mu mal, mu mal. Me fui a arar a San Vicente de los Huertos, San Visens Delsor, y trabajé en Cuatro Caminos, y luego me vine otra vez, porque no me gustaba el ambiente, no me gustaba aquello.

- El qué.

Le hablo de cuando yo paraba en el Barrio Chino, únicamente podía comer barato y echaba nueve horas pa ganar veintisiete pesetas, allí, en el Barrio Chino, donde no quería ir nadie.

Al quedarse callado se oye el agua de riego, que baja de algún sitio desconocido, ininterrumpidamente, como los recuerdos, pero no me dice que había hecho de chulo, como le había explicado a Sebastián, razón por la cual había venido a buscarme de inmediato.

- He trabajado muchísimo, muchísimo, y mi mujer es muy económica, con la ropilla de los más grandes apañó a los más chicos... A los niños, casi todos tuvieron que operarlos de los intestinos, porque la teta que tomaban era mu mala.

¿Cómo es posible que esté aquí escuchando semejantes cosas? Quizá me ocurra lo mismo que a este hombre, que dice:

- Total, que Dios me ha ayudao, o lo que sea.

Hace un aire frío, y el gris de la tarde se vuelve más denso, el hombre sólo viste una camisa blanca.

- Ha conocido mucho mundo –le digo.

- Sí, sí, y solo. El buey solo bien se lame. Y luego me jubile, hace quince años, el día de Reyes, me jubilé. Y después ya me he dedicado a viajar. –Quizá porque es consciente de su aspecto, ahora, con los pies enfangados, en este huerto tan marginal, repite con energía-: Sí, sí, sí, a viajar. Pues le voy a decir a usted que en Francia, en Lourdes. Con lo que íbamos ahorrando, cada año echábamos dos viajes.

- Claro, con los hijos colocados...

- Sí, algunos están bien colocaítos, ya le dije, pero hay de tó, claro. Son diez. Y los diez no pueden ser monjes, tiene que haber frailes, también.

Se quita la gorra, pintada de camuflaje, para rascarse la cabeza, y dice:

- He sudao mucho en la vida, pero no he estao nunca malo.

- Que por muchos años.

- Gracias. Tengo... -se interrumpe al percatarse de que Sebastián le ha sacado una foto por sorpresa-. Sí me doy cuenta me muerdo el labio de arriba o me chupo el de abajo, así algo mejor. Sí, tengo un historial, he estao revuelto durmiendo con gitanos, con navegantes, con la madre que me parió, y he trabajao aquí veintitrés años, ya se lo dije, y he sío el alumbrao público del pueblo, lo he llevao yo, Es que no había más remedio. En la época de Franco, como nos habían boicoteao, quien tenía la cuenta bien se enriqueció, los que no teníamos cogíamos un saco de hierba y ale.

Le pregunto de dónde viene el agua para regar, aquí arriba, pero no me hace caso.

-Todos los trabajos del mundo, he hecho. He barrío, he puesto los tubos. Todo trabajo que sea honrao es digno de la persona.

Lo dice con cierto énfasis, y no me resisto a preguntarle si no ha hecho nunca algún trabajo que no sea honrado. Me siento impertinente y, por si no quiere responder, enseguida le pido excusas por hacerle perder el tiempo. Estaba trabajando y nosotros le estorbamos.

- Que no es molestia. Que a mí me sirve de distracción, hombre. Cuando el señor –señala a Sebastián con la cabeza- vino antes y se fue enseguida, creí que se había enojado por algo que le habría dicho. Pero no tengo mala sombra. Mire, quien lleva el circo son los payasos, y yo hago el payaso por todos laos. Conmigo se ríe hasta Dios.

Y como sí, después de esto, después de no darme una respuesta inmediata a la pregunta de si había hecho algún trabajo no honrado, quisiera responder sin comprometerse de forma clara, me explica:

- El señor que me hizo encargado de aquello, ya veía que yo trabajaba sanamente, con el buen fin que iba, y conmigo se portaron.

“Encargao de aquello...” ¿De un burdel en el Barrio Chino? Sebastián había venido corriendo a buscarme, justamente, cuando el hombre le había dicho eso. Ahora entiendo que le pareciera que Sebastián se iba “enojao por algo que le habría dicho”. Conmigo, sin embargo, no pasa de una “aquello”.

- Se portaron, conmigo, y yo también me porté. Tengo aquí una de las mejores casas de Huelma, de aquí arriba se puede ver, yo la veo, y una finquilla de olivas. Encima de criar diez hijos, he juntado una peseta. Y honradamente, de otra manera no, y parece que Dios me ayuda.

- Pero tiene usted cara de conquistador.

- No, no.

- Es guapo.

- Entonces sí. Una hija mía que está en Linares tiene una afoto mía en la escalera. Entraba una vecina y decía: “¿Éste quién es?, ¿un artista de cine?”, y ella: “No, es mi padre”.

- Pues gasta usted un bigotito muy presumido.

- Pues mire usted, cómo voy. Ropa arrastrada. Bueno, amante de las mujeres sí soy, porque fea no hay ninguna, y se dice que fueron un regalo que Dios echó a los hombres pa que lo pasáramos mejor.

- Vaya. Y a las pobres mujeres, ¿no les echó Dios al hombre como regalo?

- No. –Dice tajante, y continua-: Si se arregla no ha mujer fea, y ahora se jartan de gastar. Pero a mis años...

Me resulta difícil creer que tenga ochenta, el pequeño Clark Gable. Quiere demostrármelo y saca la cartera del bolsillo del pantalón, repleta de papeles, y de fotos: “Ésta es la mujer mía.” De pronto, grita:

- ¡No! ¡Se va a poner perdido!

Ha visto de reojo que Sebastián cogía un manojito de no sé qué para plantarlo. Por los gestos de mi compañero se convence de que no es la primera vez que ese forastero trabaja en un huerto. Va revolviendo los papeles. Pasa una estampita del Sagrado Corazón y una de María Auxiliadora.

- Pero lo que busco es el carné mío. Mire, ésta es la tarjeta Junta Andalucía, pa los viajes, pago sólo la mitad... Aquí está.

Es un volante médico. Pone el nombre: José Díaz Linde. Y el año de nacimiento: 1922. “¿Linde no es alemán?”, le pregunto. Le parece que sí. El color de la piel y de los ojos, ese bigotito... “Todos me llaman Pepe Linde.”

- Aquí pone 1922, ¿no?

- Sí, ochenta años, pues.

- Pues mire, aún nací antes, a finales de 1921, pero me pusieron en 1922 pa que fuera al servicio con un año más maduro.

La brisa resulta ya incómoda, aquí arriba. Le decimos que nos bajamos al pueblo. Pepe Linde asiente con la cabeza, nos dice que volvamos por aquí cuando gustemos.

- Bueno, yo voy parriba, a cortar el agua.

Pepe Linde se vuelve y nos da la espalda. Lo veo trepar por el huerto a grandes zancadas, saltando de un terruño a otro. El agua detendrá su curso en breve. Como si hubiera servido para mover la conversación.

Clótido y Federico

Abandonamos el barrio alto y no internamos en el llano del moderno ensanche. Pregunto por la calle García Lorca, donde se encuentra la pastelería Cano. Nos atiende una pareja joven. Compramos una bolsa de “roscos de Mágina” y otra de “roscos de baño”, hechos a base de merengue. Los tomaremos mañana para desayunar, ignoramos a qué hora abren el bar del hostel Ángel.

Regresamos a la Huelma más llana, de calles anchas, donde está el instituto, un centro de salud, un polideportivo. Es la Huelma puesta al día, con bloques de pisos, que nada tienen que ver con la arquitectura tradicional del barrio de arriba, el crecimiento lógico: el tejido urbano se

ha expandido hacia el valle. Entre otras industrias, hay una fábrica de muebles de cocina con un nombre curiosamente catalán: Modul-Cuin.

Todo esto no estaba aquí cuando una crónica de 1778 decía de Huelma: “Hay un Hospital para peregrinos, a quienes se da un real de limosna, y a los enfermos los conducen al lugar más inmediato”. ¿Se referirá al pueblo vecino, o directamente al cementerio? También “una Escuela de Primeras Letras, dos Fuentes, cinco Ermitas y un Castillo, bastante derrotado”.

Junto al hotel está e bar-restaurante Clótido. El nombre despierta mi curiosidad y entro. Le pregunto, a la chica que nos atiende y nos prepara una mesa, si es muy duro el camino que lleva a Bélmez –que es largo ya lo sé. Tenemos que explicarle que iremos a pie, mañana, que estamos viajando por Sierra Mágina. De postre nos trae cerezas, son de aquí, de la Sierra. De haber venido en febrero, habríamos visto los cerezos en flor.

- Si entran en Albánchez verán muchos cerezos por toda la montaña.

Me sorprende. Yo creía que los cerezos no crecían en tierras tan altas.

- Uy, uy, el cerezo requiere mucho frío, y mucha sequedad. Ya verán cuántas cerezas echan los árboles, ahora mismo. Y dentro de quince días aún serán mejores.

En la barra, un hombre le recomienda a otro: “Con los hijos, leña a tiempo.”. Quién sabe si este método ha propiciado que emigrasen a Barcelona y alcanzasen allí el éxito. Nos mira y dice:

- Trabajan en la Boquería, tienen cinco puestos de fruta. Vienen por aquí los veranos, con los nietos, tengo diez. Y lo que le han dicho de las cerezas es cierto. Hay una barbaridá y vienen emigrantes pa la campaña, pero luego se van. Si no encuentran puestos de trabajo en los talleres.

El televisor está en marcha y se oye una voz que explica: “En Barberá de Vallés, cerca de Barcelona, se celebra la feria de caballo, a la que contribuyen muchos de los andaluces residentes en Cataluña”.

Caigo en la cuenta de que no he visto aún ningún caballo, en Andalucía. Solo algún pollino con alforjas. Lo de los caballos debe ser más propio de sevillanos o cordobeses, de tierras más distinguidas y cómodas. Sierra Mágina parece demasiado adusta para la práctica del trote elegante.

La muchacha que nos ha servido se llama Mariola, es morena y sus ojos son grandes y risueños. Le pregunto por qué el restaurante se llama Clótido. “Casa Clótido”, le pone también en la etiqueta de la botella de vino. “Es el nombre de mi padre.” Pero no sabe de dónde procede. Si en Barcelona lo descubro, se lo haré saber. La indiferencia por el propio nombre es algo que siempre me extraña. ¿Cómo puede uno llamarse Clótido y vivir tan tranquilo toda la vida, sin preguntarse nada?

Antes de acostarme, en el hostel, doy un pequeño paseo hasta el punto donde nace la calle que sube hacía el Barrio, hacia el castillo. Aquí abajo hay algunos pubs, el previsible Pub Snoopy, y otro con un nombre intrigante: Pub Mariposo.

Mirando calle arriba, la Huelma antigua despide una luminosidad muy tenue en la noche cerrada. Allí, en lo más alto, ¿dónde?, está el huerto de Pepe Linde, el del bigotito recortado, el hombre que ha trabajado en el Barrio Chino y tiene una mujer “exagerá de lo que llega hacer”.

Todo se ha vuelto invisible. Para siempre. Huelma está casi a mil metros, pero ahora miro una y otra vez a los lejos y pienso que Huelma no está en ninguna parte. Un viento de piedra recorre la oscuridad.

García Lorca:

Tierra seca,
tierra quieta
de noches
inmensas.

(Viento en el olivar,
viento en la sierra.)

Huelma no está en ninguna parte y pienso desconcertado que no sé dónde estoy. Me estremece un escalofrío, quizá de soledad, como atrapado en un gran vacío.

Si me llegase al menos el viento del olivar... Federico, perdóname:

He d'allunyar-me,
de pressa,
del pou on xiulen
serps negres.

Trobo a la cambra
una petita
nit només meva,
oixí de núvol
i una son tébia.²

Huelma, 25 de febrero del 2015

² Una traducción del original catalán, tratando de conservar el ritmo y la rima asonante podría ser la siguiente: Debo alejarme / del pozo donde negras / serpiente silban. / Hallo en mi cuarto / la pequeña noche / de la que soy dueño, / almohada de nube / y un tibia sueño.